

aquel hombre parecía ejercer terrible magistratura, apareciendo como una especie de verdugo teórico, cuya elocuencia fuese una eterna guillotina en ejercicio y acción perdurables. Un pueblo soberano, exclamaba el fanático, no puede constreñir á nadie para que perdone al tirano, debiendo autorizar á todos para que lo persigan, y lo acosen, y lo maten, como se persigue y se acosa y se mata un perro hidrófobo. Así concluyó diciendo que no se constituía en acusador, por creerlo innecesario, pues todo á Luis XVI acusaba; que no se constituía en juez, pues parecía un homenaje al crimen dar en procedimientos vanos largas al castigo; que se constituía en verdugo, pues las tablas del trono se habían puesto, después de la revolución, al nivel de las tablas del cadalso. El discurso, pues, no podía ser más espantoso; y por ende no podía ser más vivo el estrago hecho por su infernal crueldad: que ningún atrevimiento era posible después de haberse dicho aquella fulminación inverosímil. Había mucha de odioso en su declamación ciertamente; no había nada de vulgar. Cada frase parecía un hachazo, cayendo con ruido siniestro sobre un tajo. Su propia desnudez, la falta de retórica, el exceso de argumentación, la carencia de imágenes hacíanla brillar con el relampagueo siniestro de un cuchillo iluminado en una ejecución infernal nocturna por los blandones y cirios de un sayón. La pequeña boca, de labios mínimos, de líneas femeninas, de acre sonrisa, de corte donde se veían el cruel y el astuto en verdadera competencia, la pequeña boca, realmente, aumentaba la enormidad indecible y el peso imponderable de todo cuanto decía. Su estatura varonil, sus ojos profundamente azules, sus cejas y entrecejo militares, no bastaban á contrastar cuanto había de femenino en su piel blanca y fina, en su voz atiplada, en su aire un poco tímido, afeminaciones y timideces, las cuales sirvieron por su contraste para desmesuradamente acrecentar la implacable crudeza del verbo. Así el horror causado por éste podía disimularse; pero resultaba intenso á la postre de una intensidad verdaderamente horrible.

Por tal razón, por el influjo ejercido, merced á su palabra y á su carácter, en esta singularísima coyuntura, no se cansa uno de contemplar esta figura política, sobrepuesta varios días á las demás figuras políticas, por su arresto en los propósitos y por su dureza en los discursos, Saint-Just no brotó estoico de un solo brote y no fué la severidad andando de una sola vez. En los pasos de la vida resaltan múltiples vacilaciones, así para propender á lo que podríamos llamar sus gustos, como para propender á lo que podríamos llamar su pensamiento. El padre suyo, soldado, y soldado reaccionario, le hubiera puesto en la servidumbre de Artois, ó en los guardias de Corps; su madre, devota y devota reaccionaria, lo hubiera puesto en las órdenes. Mientras sus primeros años transcurrieron, el padre lo industriaba en la esgrima, en la ordenanza, en la táctica, mientras lo industrialaba en el culto, en el breviario, en el rezo la madre. En fin, tirando hacia dos oficios tan opuestos los padres, en este punto separados, resolvióse la cuestión aquella, con entrar Saint-Just á recibir la segunda enseñanza entre los Padres del Oratorio. Allí se fijó su

vocación verdadera, su vocación de literato. Y al amor de semejante vocación escribió un pésimo poema, imitado de Voltaire, poema satírico, el cual, sino mostraba estro alguno del autor y menos maestría en la versificación y en el rimado, mostraba una grande maestría en el habla y en la literatura francesa. Esta maestría lo condujo, como de la mano, á prescindir para siempre del verso, gran pecado de su juventud, y á esmerarse mucho en la prosa, tan cultivada, que le permitía este cultivo toda clase de preciosidades, á primera clase incompatibles con su austera moral estoica y con su frío raciocinio matemático. Cuando andaba en estas gimnasias del estilo debió compadrazar con Camilo Desmoulins, cuya vena inagotable á todo el mundo encantaba; pero riñen pronto, después de haberse querido mucho, por la incompatibilidad entre sus caracteres y sus humores, el uno estoico y el otro epicúreo; el uno retórico y el otro razonador; ambos declamadores, pero de muy opuesta índole y de muy diversa medida. Saint-Just admiraba tres grandes pensadores, cuyos genios y cuyos estilos difícilmente se podrían en una idéntica y común admiración encerrar. El primero entre sus escritores predilectos era Platón; el segundo Montesquieu, y el tercero Rousseau. Entre Platón y Rousseau todavía cabe alguna concomitancia, idealistas en dogmas los dos, y los dos en estilo tan amplios como poéticos y elocuentes. Pero no puede haber concomitancia entre Montesquieu y los otros dos grandes pensadores, el filósofo ateniense y el filósofo ginebrino. Montesquieu, por la observación y por el análisis, proviene de Aristóteles. Mas, sea de esto lo que quiera, tales admiraciones contradictorias muestran perplejidades múltiples en la vocación del joven é implacable orador. Y como las tuvo en literatura las tuvo en política: sus primeros artículos, democráticos, muy democráticos, no iban allende la Monarquía, como no fué Robespierre allende la Monarquía por su parte, hasta que se proclamó la República. El Congreso de ochenta y nueve con el código fundamental de noventa y uno privaron en su alma por algún tiempo. Mas los acontecimientos anduvieron mucho y los espíritus cambiaron de fase propia. Cuando el empuje de los hechos y de las ideas condujeron á Saint-Just hasta la República, formuló una República dictatorial, donde la voluntad colectiva, expresada en los comicios diarios, subiera de grado en grado á una Cámara única, con encargo de constituir un gobierno muy fuerte, muy enérgico, muy justiciero, dirigido por un dictador omnipotente. A este carácter de sus ideas políticas se juntaba el carácter análogo de sus ideas religiosas. Así como no consentía los derechos individuales, temiendo que atacasen anárquicamente la unidad del Estado y la unidad del pueblo, no consentía la libertad religiosa, las variedades múltiples de creencias, deseando ver la dictadura penetrar en el seno de las almas é imponerles por fuerza dos salvadores dogmas; el dogma de la existencia del Ser Supremo con el dogma de la libertad del alma humana. Saint-Just, predicaba, pues, un Estado, hecho y apercebido para que pusiera en la conciencia religiosa del pueblo aquel célebre discurso del Vicario Saboyano, única religión de Rou-

sseau, y en la voluntad pública del pueblo á su vez la teoría del contrato social, política de Rousseau. Estas ideas, y estos procedimientos debían por fuerza conducirlo junto á Robespierre, pues parecía su alma como un alma gemela de éste, y así debieron pelear y padecer y morir juntos. ¿Cómo se determinó esta grande amistad entre los dos políticos? Digámoslo, pues el fenómeno de aquella grande amistad, tan poderosa é influyente sobre los hechos, merece algún estudio.

En el pueblecillo de Blerancourt, por las regiones de Reims, nació Saint-Just. Y en este pueblo cometió una falta gravísima en su mocedad. Niégala el biógrafo Hamel indignado, tachándola de horrible calumnia; pero demuéstrela otro biógrafo más cercano á nuestros días y más imparcial de suyo, Vatel, ofreciéndonos documentos irrecusables. Con efecto, el año ochenta y seis de la pasada centuria, el joven retórico se huyó del hogar materno, llevándose mucha plata en objetos preciosos y oro; mucho en dineros contantes y sonantes; calaverada de muy mal género, que pudo para toda la vida deshonorarle y que asombra con muy negra mancha su personal histórico. La madre misma suya pidió lo detuvieran, petición inconcebible, y que nunca se hubiese ocurrido creo yo, á una madre española. Desde Septiembre del ochenta y seis hasta Marzo del ochenta y siete Saint-Just estuvo en la cárcel. Por fin su padre se compadeció de su hijo y le dió suelta, resultando no haberse ido acompañado de persona ninguna, de ninguna mujer, como querían los maliciosos, por añadir al robo doméstico el rapto, y sí haberse ido enteramente solo y haber dispuesto de aquel dinero para pago de deudas. Pero le produjo tal conmoción, hecho tan terrible, que juró no cometer ninguna falta más en su vida; y siendo estoico sin reservas, virtuoso sin ostentación, enemigo de todos los vicios con una enemistad irreconciliable, amigo de todas las virtudes con una enagenación absoluta de sus gustos é inclinaciones, muy severo y austerísimo, implacable hasta la dureza, justiciero hasta la crueldad, cumplió sus propósitos. Muy joven, casi un verdadero niño, quema en brasero público, á guisa de antiguo é impenitente inquisidor, cierto libelo reaccionario lleno de calumnias contra la revolución y sus jefes; poco tiempo después entra en la Milicia Nacional, y cuida de esta popular institución, á pesar de los sarcasmos aristocráticos, que tiraban á ponerla en ridículo. Con motivo de hallarse apurado su ayuntamiento y haberle ofrecido su fortuna privada para sacarlo de apuros, escribió á Robespierre, pidiéndole para su aldea el influjo de aquella su soberana persona, y en esta pretensión le decía: «vos, que sostenéis la vacilante patria contra el despotismo y contra la intriga; vos, á quien yo conozco, cual conozco al Eterno, por las maravillas que habéis hecho; vos me permitiréis interesaros en la obra de conservar á mi aldea su mercado libre, cosa, que no me negaréis, pues, aunque personalmente no os conozca, sé quién sois, y como sé quién sois, sé también que merecéis representar, no sólo á vuestros comitentes, representar á toda la Humanidad.» Tal carta comenzó el perdurable afecto amistoso entre Robespierre y Saint

Just. Nadie puede hoy explicarnos á Saint-Just como él mismo; y para dar á conocer esta explicación, aquí copio la carta siguiente, que dirigió á Daubigny el mismo año en que pronunciara su discurso contra Luis XVI, el año noventa y dos. «Estoy devorado de una fiebre republicana que me consume. Gran desgracia no poder vivir en París y no saber si sobrenadaré ó no entre las olas de este siglo. Si veis á Camilo, abrazadle; pero decidle también que aprecio su patriotismo, mas desprecio su persona, porque cree que voy á traicionarlo. Encargadle no abandone la buena causa y encargádselo con insistencia, pues no llegó aun el cuitado á la virtud magnánima. Adios. Yo me creo superior al infortunio. Así todo puedo soportarlo en mi resolución de decir á todos la verdad. El mundo está compuesto de cobardes; nadie me ha comprendido. Mi palma quizá se levante muy alta y os asombre á todos. ¡Cuán malvadas las gentes! Yo soy un criminal por no tener dinero, con cuyo cebo llamarlos. Que me arranquen esas gentes el corazón para comérselo y cuando se lo hayan comido, quizás sean entonces grandes. ¡Dios mío! ¿Se necesita que Bruto languidezca, inerte y olvidado, allá lejos de Roma? Mi resolución es irrevocable, si Bruto no mata de un golpe á los demás, se matará de un golpe á sí mismo.» Tal carta escribía el orador á sus amigos en Julio del noventa y dos, cuando el diez de Agosto no había llegado y la Convención republicana no se había reunido. En la incoherencia de sus ideas atropelladas, en la vaguedad de su misticismo humanitario, en los atroces juicios respecto de los demás, en la idolatría sin reserva de sí mismo, en la mezcla del espíritu cristiano con el espíritu clásico, en soluciones de continuidad opuestas á la serie y á la dialéctica de sus ideas, en las bruscas salidas de tono, en los arrebatos elocuentes acompañados de sarcasmos horribles, en el continuo uso de las palabras muerte y holocausto, en las amenazas á todo el mundo se nota que sus aspiraciones, sin satisfacción entonces posible, se le habían subido á la cabeza y le habían trastornado el seso. Por fortuna para él, sus electores de Blerancourt lo eligieron diputado de la Convención, al cumplir la edad legal, sus veinticinco años.

La tierra donde naciera el estoico implacable, dió á muchos calvinistas cuna, y algo de Calvino había en Saint Just, algo así como la grande intransigencia y la arrogante altivez acompañada de un gesto desdeñoso, en el cual se contenía tanto el excesivo aprecio de sí mismo como el excesivo desprecio de los demás. Era muy grave, pero de una gravedad repulsiva; muy serio, pero de una seriedad muy árida. En la exactitud matemática de sus juicios, en el carácter abstracto de sus argumentos, en la falta de circunspección para observar cuanto en torno suyo sucedía, y para entregarse á los deliquios interiores de su pensamiento, echábase de ver que aquel joven orador, ensayando el estoicismo en su persona con propósito de aparecer como una personificación estoica, se había cercenado el corazón, los nervios, la sensibilidad, todo cuanto pudiera conducirlo á la compasión. En tal sentido, este sér humanitario era un sér verdaderamente inhumano,

pues con ahogar todos sus afectos, se había puesto fuera de la Humanidad. Gustábale subir á las cimas altas intelectuales, desde donde no veía lo bajo, y menos lo vulgar, teniendo en poco á quienes no habían sabido escalar como escalara él á sus cortos años sin vértigos aquellos picos sociales donde bramaban la tempestad y la tormenta de continuo. Contábase que vivía en Reims durante su carrera de derecho dentro de una cámara tapizada con paños negros sembrados de figuras geométricas y fórmulas magas completamente misteriosas, como si estuviera muerto y enterrado, acercándose por tal muerte y enterramiento á los tiempos antiguos, con que á la continua soñaba. Y, entre tales objetos y tales pensamientos fúnebres, aseguraba no poder vivir sino en amor y compañía con los muertos, sobre todo, con los muertos griegos y romanos. Así remedaba las extravagancias clásicas, no escasas. Y como el antiguo patricio se entretenía en segar capullos de adormideras, anticipación á otro gusto más defectuoso, al gusto de cortar cabezas á sus enemigos. Y para exacerbar todo esto, se había juntado con el hombre más inaccesible, más intransigente, más solitario, más altivo, más déspota de la Francia republicana; se había juntado con Robespierre. Y en esta compañía le asaltaban las mismas pasiones, sobre todo, los mismos odios que á su jefe y maestro, insinuando, no sólo en el discurso de acusación al Rey, en todos sus discursos, que la Gironda pugnaba por un restablecimiento de la Monarquía é iba en busca de un monarca. Y al insinuar esto, insinuaba una serie de persecuciones y venganzas y castigos, los cuales no podían de tenerse después de tomado el Temple y necesitaban en su insaciable voracidad mayores y más numerosas víctimas. Así deslizábase de los labios del joven verdugo, tortuosa y doble como una serpiente, la idea de que se necesitaba depurar la Convención, si había de subsistir la República, idea completada por esta otra, que la Convención únicamente podía tener el depurativo de su sangre por la muerte de sus miembros podridos ó traidores. Censurar para él era poca cosa, la salud indispensable á todos consistía en purificar; y la purificación indispensable no tenía más que un ara y un altar, la guillotina. Y así requería tan joven retórico, primero, la muerte de Luis, y luego requería la muerte de los que aspirasen á ser jueces, porque juzgarlo equivalía de suyo á complacerlo, cuando se necesitaba concluirlo. Por consiguiente, aquel hombre se asemejaba en este momento á esos ángeles exterminadores del Apocalipsis, que van señalando con símbolos siniestros las casas, donde tras las irrupciones inminentes, han de penetrar las matanzas y los incendios. Para él solamente podían los franceses unirse sobre los restos fríos del tirano muerto. Quien á este holocausto se oponía, se oponía también á la unidad interior de Francia; quien se oponía en tales circunstancias á la unión, cuando amenazaba el extranjero, aparecía en concepto de Saint-Just reo de lesa patria, merecedor del supremo castigo. La unión de Francia sólo tenía una base para tan criminal sofista, el cadalso de Luis XVI; y sólo podía nutrirse, bebiendo sangre de traidores vertida en holocausto y en homenaje á

la justicia. Imposible ni mayor brutalidad en los propósitos, ni mayor violencia en las frases. Parecía entrar en la Convención desde aquel momento un mónstruo como la célebre cabalgadura del Apocalipsis que destilaba sangre de todas sus crines, el mónstruo llamado Terror quien devoró, no como Saturno á sus hijos, no, devoró á sus padres.

La Montaña, escasa fracción, viendo que sólo por el terror podía imponerse á la Gironda, inmenso partido empleó el terror en los tres grandes centros políticos de aquella sazón, el terror en la Comunidad revolucionaria, el terror en la sociedad jacobina, el terror en la Convención republicana, terror contenido en explosivas frases rellenas de amenazas mortales y en gestos de violencia extrema, en que crispaban los puños y se indicaba con ademanes indecentes cómo iban á caer en el cesto de la guillotina millares de cabezas. Mas no obstante la impaciencia de los montañeses, el debate previó al proceso real, tiraba desde los primeros días de Noviembre á los primeros días de Diciembre sin adelantar un paso. En Diciembre hubo un cambio muy trascendental á toda la política militante. La Comunidad, improvisada la noche del diez de Agosto; motriz de aquel movimiento republicano; inmoladora sin escrúpulo del defensor de las Tullerías, jefe del ejército contrario al que tomara los espacios del regio palacio y las alturas del trono; competidora en dictadura con la Convención; aquella Comunidad, á todas luces culpada del degüello de Setiembre, tan parecido al degüello de San Bartolomé, fué sustituida por otra Comunidad, nombrada regularmente bajo el amparo de las leyes y en el seno de los comicios. El tuétano de tal corporación estaba compuesto por artesanos rudos; con propensiones revolucionarias muy violentas, con espíritu político muy ciego; inexpertos, y por inexpertos, dejándose llevar de los retóricos y de los plumíferos, entre quienes descollaba el cínico libelista Hebert, bufón del pueblo, como lo hubiera podido ser en otras edades también del Rey, bufón popular, que, si no bebía vino á la salud de su amo, bebía sangre, riendo y danzando al estridente golpe de la voraz guillotina, para adularle con bajeza en sus errores y divertirlo con infamia en sus vicios. Hay que detenerse un poco ante tal corporación, porque será esta Comunidad la Comunidad del noventa y tres. Así hubo en ella un solo girondino, el doctor Chambon, médico de verdadera ciencia, honrado y probo; con mucho amor á la República, pero sin aquella energía indispensable á salvarla, en tan horrible trance, de sus criminales enemigos. Pétion, alcalde tanto tiempo, el segundo en la revolución tras Bailly el astrónomo; Pétion, muy popular antes del diez de Agosto, impopular después por sus dobles procederes en aquella espantosa noche: frente á la Montaña ya, y junto á los girondinos, maltrecho y magullado por su importuna evocación de la inviolabilidad en defensa de Capeto, por él tan conspuído en otros tiempos; tuvo que dejarse su alcaldía, en la cual su correligionario Chambón le sustituyó; político de mucha prudencia, pero de ninguna fuerza, cuando se necesitaba una firme voluntad para imponer á todos el debido respeto al común derecho. Así, apenas acababa de reunir-